

La campana suena. Son las cuatro de la tarde, el fin de mi descanso en la sala de los profesores. Excepcionalmente, tres de mis alumnas de mi clase de literatura española se quedan en el aula hasta las siete aunque es el final de la semana. Estoy cansada. Sueño solamente con una cosa: volver a mi casa lejos de las pizarras donde están listados los verbos irregulares, lejos de los exámenes, de los documentos encima de la mesa. Las hojas casi caían del despacho. Me gusta mi trabajo, pero jugar a la supervisora por culpa de un trabajo que no devolvieron, no me esperaba a eso como profesora de literatura española. Prefiero los días en que los estudiantes hacen sus tareas. Hoy, no fue así y estoy un poco decepcionada. Por eso, preferí sancionarlas. Adiós mi sofá y mi chocolate calentito delante de mi televisión. Me uno a Sabrine, Alyssia y Océane que me esperan delante de la puerta del aula número 118. En estos pasillos que suelen ser ruidosos y animados, un ambiente gélido mezclado con un silencio que pesa está reinando. En el fondo de mi bolso, las llaves se entrechocan dejando escapar un ruido metálico que me saca de mis pensamientos. La puerta se queda abierta, dejo a las chicas instalarse. Tienen tres horas para devolverme un trabajo de grupo suplementario: una redacción de un cuento porque es un trabajo que mezcla el trabajo con el placer.

Me instalo en mi despacho y después de haber sacado su material, las chicas se ponen rápidamente a trabajar. Miro un poco mis correos electrónicos por la última vez del día y salgo mi cubo rubiks. Ha sido gracias a él que he ganado los campeonatos el año pasado. Juego para esperar hasta que terminen. Siento que las tres horas van a pasar muy lento. Después de la séptima vez que todos los colores se alinean correctamente en el cubo, miro la hora. Solamente pasó una hora y media. "¡SOLAMENTE!" me digo. El cansancio se instala cada vez más y el día agotador que he tenido comienza a hacer efecto en mis párpados que se vuelven más pesados cada minuto que pasa. Lucho por quedarme despierta. Mi cabeza se inclina hacia delante en el mismo tiempo que mis ojos se cierran... ¡Ánimo! Te quedan solamente menos de dos horas! Por suerte, el timbre liberador de las siete de la tarde llega más rápido de lo que pensaba. En mi oficina está el trabajo de las tres chicas que se han ido sin aviso. No he visto cuándo salieron, pero el trabajo está hecho, es lo principal. Por fin, voy a poder volver a mi casita querida. Recojo mis cosas sin olvidar mi cubo rubiks, el trabajo de mis alumnas y cierro la puerta del aula 118.

Y de repente, detrás de mí, se elevan notas de música. Uno, dos y tres... Las escucho, despacito. Llego a distinguir que forman una melodía. Me intriga. ¿De dónde viene? Avanzo todo recto, queriendo encontrar de donde proviene. Está tan lejos y al mismo tiempo tan cerca. La busco en los pasillos y miro a través de las ventanillas de cada clase pero todas están vacías, luces apagadas. Sin embargo, se intensifica a cada uno de mis pasos. Pienso reconocer a partir de lo poco que llego a escuchar que este sonido que me atormenta desde ahora varios minutos viene de un violín. Caminando con prudencia, tan concentrada para seguir las melodías del violín, no me doy cuenta de que las luces han comenzado a chisporrotear. En el techo, bailan sobre el ritmo del instrumento. Mi corazón se embala. Se sincroniza a su turno sobre la música que se amplifica. La música coge otra dimensión. Las cuerdas del violín rozan más violentamente. El ruido es cada vez más agudo y la melodía que no para de acelerar se vuelve cada vez más preocupante. Este repentino cambio de ambiente no me gusta. Por una parte, porque me encuentro sola en un pasillo vacío y por otra parte porque hay música de un violín que salió de golpe y no sé dónde viene. A lo mejor es posible que sea una impresión que mi cansancio provoca... siento que me vuelvo paranoica. El miedo invade todo mi cuerpo y mis manos se ponen a temblar. Miro el suelo y de repente la música se para bruscamente.

Y de repente, un movimiento a mi izquierda atrae mi atención. Aunque con la sensación de que mi cuerpo es como paralizado y de que cada músculo de mi cuerpo se contrae, llego a levantar despacio los ojos hacia la izquierda donde he sentido el movimiento. Veo con pavor una enorme sombra de pie en la pared. No puedo controlar un sobresalto. Apenas tengo tiempo para recuperar el uso de mis sentidos cuando se deforma antes de dividirse en tres sombras más pequeñas pero igualmente aterradoras. Entonces, se definen más claramente y puedo ver que adquieren apariencia humana: se estiran de cada lado dejando la aparición de los brazos y después de las piernas. Las formas también se ven un poco más nítidamente y veo respectivamente: un moño con rizos para la primera, la segunda tiene el pelo más largo y por fin la tercera tiene una cola muy larga. Suspiro: seguramente son alumnas. Tranquilizándome, me prometo ir a la cama rápidamente cuando llegue a casa y me dirijo hacia el pasillo para avisarles de que ya es demasiado tarde para quedarse en el instituto. Pero, para mi gran sorpresa, no hay nadie. Aún estoy sola en este pasillo. Cansada, no entiendo nada y la verdad ya no quiero intentar entender más cosas. Me apresuro para volver hacia las escaleras que llevan hasta la salida cuando de pronto, se reanudan las melodías del instrumento. "Me estoy volviendo loca" me digo. Intento hacer abstracción del ruido que produce el violín y comienzo a bajar las escaleras, paso a paso pero rápidamente porque mi día fue decididamente muy largo. Llego a la mitad del rellano cuando un viento fuerte, helado y de olor pútrido se precipita por el hueco de la escalera y se golpea violentamente contra la puerta superiora por la que he entrado. Empujándome hacia el suelo, hay una corriente de aire que casi me hace caer de un piso, pero consigo agarrarme a la barra de las escaleras. Mi corazón golpea tan fuertemente contra mi pecho que lo oigo. Me hierve la sangre. Tengo que irme de aquí. Bajo a toda prisa las escaleras de tres en tres o cuatro en cuatro.

Cuando llego abajo, corro con largas zancadas en dirección de la puerta que obviamente está cerrada. Doy golpes muy fuertes a la puerta del conserje con los ojos húmedos. Grito para que me abra. En mis orejas, el violín continúa su sinfonía que no puedo detener. Observo que el conserje tampoco responde a la llamada y que la conserjería está vacía. Me abro paso a la fuerza para llegar a los botones de control y abrir la puerta de salida de la escuela. Una vez en la calle, me tomo unos instantes para respirar el aire fresco de la libertad e intento calmar los latidos de mi corazón que resuenan en mis sienes. Pero este descanso no dura. Veo enfrente de la pared del edificio una sombra: la misma que en el pasillo de arriba dividida en tres formas humanas. Empiezo a correr de nuevo hacia el bulevar con la esperanza de mezclarme con la multitud y encontrar algo de racionalidad en esta noche que visiblemente no tiene ninguna. Pero una vez más me sorprende: no hay coches, ni autobuses, ni transeúntes a una hora en la que las calles suelen estar abarrotadas. Mi apartamento no está tan lejos, así que empiezo a correr de nuevo, esta vez no sola. Todavía puedo oír el violín a mi espalda moviéndose al mismo ritmo que yo. El viento, con su olor tan particular, intenta retrasarme y me doy cuenta de que la sombra también corre a mi lado. Ya no puedo luchar contra el viento que se intensifica, contra la música que casi me perfora los tímpanos y contra esta sombra que parece mirarme fríamente. Me detengo sin fuerza y caigo al suelo. Todo se vuelve negro y no siento nada en cuanto mi cabeza entra en contacto con esta superficie fría y rapera.

Me despierto bruscamente sudando en la clase 118. Tengo la impresión de revivir esta escena. Un poco mareada, un poco pérdida, miro la hora: 19h02. ¿He vivido de verdad todo eso o solamente fue el fruto de mi imaginación? Todo parece tan real y tan loco al mismo tiempo. Una extraña sensación me invade. Las tres alumnas se aproximan de mí y me tienden sus hojas que entreabro

El aula 118

para tener una primera impresión a propósito de la creación literaria.

Título: Aula 118.

"Se elevan notas de música"

"Una enorme sombra"

"un viento fuerte, helado y un olor pútrido"

Dejo de leer, mis ojos bloqueando sobre la hoja. No me lo puedo creer: mis peripecias están completamente transcritas en estas líneas; mis impresiones, mis miedos, la soledad, los acontecimientos... Intento alcanzar las chicas que salen de la clase pero ya están demasiado lejos. Solo consigo ver sus siluetas en la oscuridad del pasillo: un moño con rizos para la primera, la segunda tiene el pelo más largo y por fin la tercera tiene una cola muy larga.